



Montaje de la exposición dedicada a Andy Warhol en CaixaFórum

ABC

FERNANDO CASTRO, LA NOVELA DEL ARTE Y DE LA VIDA

El arte es la excusa. Lo que Fernando Castro **critica con lucidez** en «**Estética de la crueldad**» es la sociedad de nuestro tiempo



JOSÉ JIMÉNEZ

o se lo pierdan: es un libro estimulante, abierto, lleno de sugerencias. En él se habla, sobre todo, de la situación del arte en el mundo de hoy. Pero, a la vez, esa temática se confronta con el despliegue de un análisis crítico sobre la condición actual de la experiencia y la vida humana. Su título remite a Charles Baudelaire, quien situaba la mirada del paseante solitario (*el flâneur*) desplazándose a través de «la crueldad de un mundo moderno y urbano».

Paseo de la escritura

Esa idea se conjuga en el texto de Fernando Castro con las concepciones de la estética de la desaparición, de Paul Virilio. Estamos así en un paseo –o recorrido– de la escritura, no ya por los senderos abiertos de la Naturaleza (Thoreau), o por las calles de la ciudad (Baudelaire), sino por el túnel sin fondo de los vericuetos mediáticos en la sociedad del espectáculo.

La escritura y argumentación fluye en una línea de interconexión inmediata, simultánea, de diversas cuestiones y maneras de expresión, con lo que se cons-

truye un pensamiento transversal, espejo y reflejo crítico de la comunicación digital. Se trata de un texto fundamentalmente narrativo, de una narración que brota desde el interior, para expresar el paisaje y el horizonte del arte y de la vida humana en nuestro tiempo.

Se sigue como método un cauce incesante de citas, unidas a comentarios y reflexiones en los que abunda el uso de la ironía y del juego lingüístico, que en todo momento permite apreciar un sustrato de erudición. Como tesis nuclear, encontramos la idea de «la eliminación del marco»: la desaparición de los límites del arte, su disolu-

NARRACIÓN QUE BROTA DEL INTERIOR, PARA EXPRESAR EL PAISAJE DEL ARTE Y DE LA VIDA ACTUALES

ción en la experiencia mediática de masas acerca de lo cotidiano. En ese proceso, y con un conjunto de referencias abundantísimas al mundo del arte, se sitúa como figura desencadenante a Marcel Duchamp, en concreto su concepción del *ready-made*, que, según se afirma «era el vínculo obvio de unas actitudes que desbordaban lo pictórico» (pág. 109). Y después, como punto de culminación, la posición crítica apunta a Andy Warhol, a quien se caracteriza como «el rey de los pasmados» (pág. 87), y como «el maestro del neo-tancredismo» (pág. 281).

Debo decir que no comparto esos juicios sobre Duchamp y Warhol, que, en mi opinión, no recogen en profundidad las aportaciones de ambos artistas a lo que precisamente sería la reformulación del trabajo artístico en la sociedad mediática de masas, el horizonte que permite que el arte siga vivo.

Parque de atracciones

Particularmente lúcida, en cambio, me parece la crítica de «la cultura super-espectacular» (pág. 196), cuando Castro señala que en la era digital estamos «atrapados en una especie de parque de atracciones, rodeados por huellas de otros que también están desorientados» (pág. 198). Lo que supondría que «hoy lo que tenemos es, sobre todo, un imperio de lo hipervisible, de ese *reality-show* que revela la atracción ejercida por lo monstruosos» (pág. 199).

Este aspecto se conecta con la crítica del despliegue global del terrorismo, de la utilización de la tortura, de la banalización de la política y, en definitiva, de la situación actual de la vida humana, articulada por un capitalismo que nos llevaría a «una homogeneización (planificada) del mundo» (pág. 210). Frente a ello, y esto me parece de gran importancia, lo que se propone no es la rendición ni el cinismo, sino «una ética y estética de la resistencia», que «subrayara la importancia de lo que se podría denominar la lusión de la política» (pág. 244). No rendirse, mantener las exigencias de conocimiento, justicia y libertad a través del arte y la vida. ■

Bajo el yugo de Stalin y Hitler

Natascha Wodin descubre en «**Mi madre era de Mariúpol**» cómo los nazis aniquilaron a millones de trabajadores forzados

JAIME G. MORA

Aunque solo tenía diez años, aquel día de octubre de 1956, al regresar a casa, Natascha Wodin (Baviera, 1945) entendió enseguida que su madre no estaba allí porque había ocurrido algo grave. Su retrato estaba tirado sobre la cama y rasgado por la mitad. Lo siguiente que Wodin recuerda es que unos agentes la subieron a un coche; era la primera vez que montaba en uno. «Mi madre se ha tirado al río», les dijo. Unas horas después la encontraron muerta en el río. Yevguenia Iváshchenko vivió 36 años, los de la guerra civil rusa, las purgas y las hambrunas del naciente Estado comunista, y también los de la Segunda Guerra Mundial y el nacionalsocialismo. En Ucrania sufrió las consecuencias de la colectivización y fue deportada a la Alemania de Hitler para trabajar como una esclava. Pero Natascha Wodin, durante la mayor parte de su vida, ni siquiera supo que sus padres fueron trabajadores forzados.

«MI MADRE NUNCA conoció otra cosa que el hambre y el miedo», escribe Wodin en *Mi madre era de Mariúpol* cuando por fin averigua las circunstancias que marcaron la vida de esa mujer con la que tanto luchó durante su traumática infancia, pasada entre las tapias que delimitaban el campo de trabajo en el que estaba confinada. En esta crónica, que se convierte en novela cuando responde con conjeturas las preguntas para las que no tiene certezas, Wodin relata la dolorosa y olvidada tragedia que sufrieron entre seis y veintisiete millones de personas «machacadas hasta la muerte por la industria bélica germana». Fueron deportados al Reich para realizar, en unas condiciones similares a las de los campos de concentración, el trabajo de los hombres alemanes que estaban destinados a la guerra. Quienes lograron sobrevivir no pudieron regresar a sus casas porque el régimen soviético los acusaba de ser enemigos del pueblo y colaboracionistas.

WODIN COMPARTE UNA INVESTIGACIÓN con la que descubre el árbol genealógico de una familia en la que hubo ricos empresarios del carbón, cantantes de ópera, psicólogos y navieros. «Mi madre», escribe, «era la última persona consignada en la crónica familiar de los Iváshchenko. Con ella se truncaba la historia de la estirpe». Si Wodin consigue llegar a lo que su madre ocultaba en sus «lúgubros silencios» es en buena medida gracias a los recuerdos que la hermana de Yevguenia, Lidia, apuntó en unas memorias. Es un testimonio de un valor enorme. Relata desde su propia experiencia cómo los comunistas saquearon la lujosa casa familiar de Mariúpol y el modo

en que Stalin levantó su maquinaria de aniquilación. «Me he vuelto más tosca –escribe Lidia en sus cuadernos–. He pedido gran parte de mi espíritu crítico, de mis sentimientos más finos. El sistema ha vencido». La guerra, qué paradoja, la terminaría salvando. Su hermana, la madre de Mariúpol, cayó. Este libro dignifica su memoria. ■



Mi madre era de Mariúpol
Natascha Wodin
Traduc.: R. Cross
Asteroide, 2019
312 páginas
23,95 euros
★★★★



Natascha Wodin